



DISCURSO DEL DÍA DE LA UNIVERSIDAD DE HUELVA 2022

Edificio Jacobo del Barco, Aula Magna

3 de marzo de 2022

Hace 34 años, a esta misma hora, con un tiempo parecido a este, más de 30.000 personas inundaron las calles de Huelva para expresar, con una unión nunca vista en la ciudad, la idea de que el progreso y el bienestar de la provincia debían pasar ineludiblemente por su futuro universitario. Hasta la concentración de la Plaza de las Monjas acudieron personas de todas las comarcas provinciales, llegaron onubenses de todos los barrios, de todas las clases sociales, de todas las ocupaciones, hombres y mujeres a quienes no habían movilizadon ningún interés partidista ni expectativa personal alguna y que, sin embargo, cerraron su negocio, abandonaron su puesto de trabajo y postergaron sus obligaciones cotidianas para reclamar la consecución, por encima de todo, de un derecho fundamental al que no estaban dispuestos a renunciar: el legítimo derecho a la Educación Superior.

Dicho así, ya sería suficiente. Pero todos los aquí presentes sabemos que, detrás de la reivindicación de ese derecho, también se hallaba la búsqueda de una sociedad más equitativa, que diera las mismas oportunidades a todas las personas con independencia de su lugar de residencia o su nivel económico; la necesidad de hacer despegar la provincia, de impulsar su desarrollo económico y social con criterios de modernidad, sostenibilidad e innovación; el deseo de que nadie tuviera que abandonarla, fijando su población al territorio como fuente principal de su riqueza; y, por qué no, también el gusto por alojar en ella una fuente irremplazable de cultura, de compromiso social y de proyección internacional. Se trataba, en fin, de aspirar a la construcción de una ciudadanía democrática, referente



insustituible para los valores éticos con los que debemos contribuir a cambiar el mundo.

Subrayo uno de los últimos adjetivos que he utilizado – insustituible– por si alguien, en algún foro, alberga aún el pensamiento obtuso de que la Universidad de Huelva es prescindible o se la puede dejar arrinconada, falta de sustento, hasta su inanición. No tengo ninguna duda de que, si esto sucediese, no 30.000, sino 60.000 personas volverían a salir a la calle para defender lo que con tanto esfuerzo y convicción se consiguió y para demostrar su gratitud por lo mucho obtenido, a cambio, a lo largo de las últimas décadas. Porque, como he tenido ocasión de decir en otros momentos y lugares, la creación de la Universidad en 1993 ha constituido sin duda, de todos los hitos conformadores de la historia reciente de Huelva, el más trascendental.

La Universidad de Huelva sabe recompensar cada día esa devoción ciudadana que la generó. A pesar de las muchas dificultades estructurales que padecemos y por encima de las coyunturas tan adversas que hemos tenido que atravesar –una profunda crisis económica, una feroz pandemia, multitud de regulaciones legales que se aprueban en las altas esferas desconociendo nuestra singularidad como institución y haciendo cada vez más compleja la gestión–, nuestra actuación colectiva mejora día a día y se reconocen, dentro y fuera, la calidad de nuestra formación, la potencia de nuestra investigación y transferencia y el compromiso permanente con los problemas de nuestro entorno.

Todos estos valores que atesoramos, toda esta obra diaria al servicio de la sociedad, tiene ahora un escaparate magnífico en nuestra nueva **página web**: un sitio accesible, de navegabilidad intuitiva, que incrementa exponencialmente nuestra transparencia institucional y que está pensada, fundamentalmente, para las personas usuarias. Quiero aprovechar este discurso para expresar mi agradecimiento al Servicio de Informática y Comunicaciones, que



ha trabajado en ella durante muchos meses y en circunstancias muy difíciles, y a todas las personas de nuestra comunidad que han colaborado con él, por su compromiso y buen hacer.

Hoy hemos tenido la oportunidad de asistir a una de las metáforas más hermosas de la vida académica: la **investidura de doctores y doctoras**, que simboliza la concesión del más alto grado que una Universidad puede reconocer y la continuidad de un proceso que se nutre, por igual, de la generación y de la transmisión del conocimiento. Más de cuarenta personas han sido hoy investidas en este estrado. Ellos y ellas representan a las casi 600 que actualmente se hallan matriculadas en nuestros 11 programas de doctorado, con una elevada representación internacional que muestra nuestra creciente capacidad de atracción de talento. Las cifras, bien leídas, se obstinan en recordarnos que esta Universidad dejó hace ya mucho tiempo de ser una institución meramente provincial.

A todos ellos, a todos estos hombres y mujeres, ya doctores y doctoras, que han recibido el birrete laureado, quiero dirigirme especialmente para animarles a que mantengan su compromiso con la investigación y con los valores universitarios del esfuerzo y la creatividad y también para desearles mucha suerte, porque todos los que nos dedicamos a la vida universitaria somos conscientes de que el camino de la ciencia y el conocimiento es muy gratificante, pero exige también grandes dosis de sacrificio, y, lamentablemente, no siempre recibe el reconocimiento profesional y social que debiera. Por más que en los discursos políticos y administrativos se hable de la importancia de la investigación, por más que la realidad nos grite que se necesita indagar más sobre los problemas científicos, sociales y humanísticos de nuestro tiempo, por más que nadie discuta que nuestro bienestar futuro pasa de modo inexcusable por el conocimiento científico, lo cierto es que las plantillas universitarias siguen atadas a la existencia o no de necesidades docentes y que se encuentran constreñidas, por tanto, por el descenso demográfico, la



falta de financiación, el bloqueo de nuevas titulaciones y las restricciones normativas en los formatos de contratación.

No hay, por todo ello, virtud más universitaria que la perseverancia. Y esta es, entre otras, una de las virtudes que la Universidad de Huelva ha querido reconocer con sus medallas, que en el día de hoy también se han entregado solemnemente. La **Asociación de Mujeres Investigadoras y Tecnólogas** lleva 20 años trabajando en aras de la visibilización de las mujeres que se dedican a la tecnología y la investigación en cualquier campo del conocimiento; contribuyendo de manera sustantiva a la mejora de sus condiciones profesionales y convirtiéndolas en un referente que pueda ayudar a nuestras niñas y jóvenes para que, superando las segregaciones de roles culturales que la sociedad aún infunde, sepan que cuentan con talento y competencia para dedicarse a la ciencia en cualquier ámbito. Reconociendo a este colectivo, reconocemos a cuantas investigadoras brillantes y notables ha dado nuestro país, pero también a todas las que, desde un trabajo constante y silencioso, arriman el hombro diariamente para levantar el andamiaje de la investigación española. Reconociendo a la AMIT, en fin, la Universidad de Huelva expresa una vez más, con rotundidad, su compromiso con la investigación y la igualdad de género.

Pero también entendemos que las medallas de nuestra institución deben servir para premiar a los que, dentro de nuestra propia comunidad universitaria y gracias a su perseverancia y compromiso, se han convertido en exponentes de la excelencia docente e investigadora por la que trabajamos. La trayectoria del **Dr. José Luis Gómez Ariza**, químico analítico reconocido nacional e internacionalmente, profesor emérito de esta casa, justifica sobradamente esta medalla. Su extensísimo curriculum multiplica su valor al haberse dirigido a la resolución de problemas medioambientales y relacionados con la salud y la biomedicina: problemas que a todos y a todas nos afectan. Y permítanme que diga



que esto no valdría todo lo que vale si, al mismo tiempo, no pudiéramos añadir que el Dr. Gómez Ariza, querido José Luis, ha pasado por nuestras aulas, nuestros despachos y nuestros laboratorios dejando una estela de persona buena, de trato educado y cordial, inmunizada contra esos virus que anidan en el ecosistema universitario y que tan propensos son a la vanidad, el ego y la ambición no intelectual.

Nada de esto encontraremos tampoco en **José Luis Ruiz Díaz**: ni vanidad, ni afán de lucro, ni petulancia. Nuestra tercera medalla sale de nuestros campus para reconocer el inconmensurable trabajo de un hombre que, sin pedir nada a cambio, lo ha dado todo por la cultura de nuestra provincia. Para la gran mayoría de los que hoy llenamos esta sala no es necesaria ninguna presentación, porque hablar de José Luis, querido amigo, es hablar de la cultura onubense con letras mayúsculas y la Universidad se reconoce en él en la medida en que con él comparte su simpatía por el mundo iberoamericano, su apuesta permanente por el arte, la juventud y la innovación, y su sentido de la excelencia en todo lo que hace. Colaborador siempre dispuesto a apoyar a la Universidad, es un honor para nosotros que hoy nos acompañe y que podamos devolverle un poquito, solo un poquito, de lo mucho que como onubenses debemos retornarle.

No hay felicidad más grande, ni justicia más auténtica, que colgar medallas al cuello de aquellas personas que nunca se las colgaron a sí mismas; sacar del retiro discreto a los hombres y mujeres que obtuvieron su legítima y digna recompensa en el rincón tranquilo del trabajo bien hecho; a quienes transitaron por la escondida senda de la sabiduría, como dijo Fray Luis de León. Nuestra Universidad contiene dentro de sí muchas de estas personas cuyo talento no siempre percibimos, porque ellas mismas no lo pregonan. Quizás una de mis mayores satisfacciones como Rectora haya sido precisamente esa: conocer a fondo la institución,



incorporar a mi propia vida y experiencia a tantas personas valiosas del profesorado, del personal de administración y servicios y del estudiantado, hombres y mujeres que en muchos casos apenas conocía y que, sin embargo, ahora me han descubierto su buen hacer, su compromiso con la institución y su silencioso trabajo diario. No tengo la menor duda de que solo gracias a este capital humano nuestra institución –tan joven, tan mal financiada, tan vapuleada por las circunstancias– ha podido superar coyunturas muy difíciles, que hubieran tumbado a otras instituciones de mayor solera y más abundantes recursos. Casi con estoicismo, llevamos 29 años soportando la insuficiencia financiera y pagando las deudas que ella ha comportado; llevamos 29 años ofreciendo los mejores servicios con plantillas escuálidas e instalaciones cuyo mantenimiento apenas tiene dotación; llevamos 29 años haciendo mucho con muy poco y no pudiendo ofrecer a nuestro personal la estabilidad y promoción que merece.

Esta evidente eficiencia no parece ser reconocida por el nuevo **Modelo de Financiación de las Universidades Públicas Andaluzas**. En él, se nos penaliza por nuestro tamaño al mismo tiempo que se nos impide crecer al no poder implantar nuevas titulaciones. Se nos penaliza del mismo modo por tener una plantilla escasa y de sueldos bajos, lo que, a todas luces, debería impulsar precisamente a lo contrario, siendo un motivo claro para el aumento de la financiación. Aquellas variables en las que la Universidad de Huelva destaca –la internacionalización de nuestro estudiantado o la productividad investigadora de nuestro profesorado, por ejemplo–, o no se ponderan con respecto a nuestro tamaño o se ponderan a la baja, mientras que se sobreestiman las que más nos perjudican. En la captación de fondos competitivos para investigación no se tiene en cuenta que otras universidades andaluzas los consiguen precisamente porque muchos de nuestros investigadores e investigadoras se insertan en sus proyectos. Tampoco se repara en las realidades cualitativas que esconden las cifras: la escasa



dimensión de nuestras áreas de conocimiento, a veces constituidas solo por dos o tres profesores permanentes, bloquea el éxito en la solicitud de proyectos a los que los organismos financiadores nacionales e internacionales exigen cada vez mayor especialización y mayor peso curricular y productivo. Nuestro origen y conformación histórica, la de una Universidad naciente y generalista, condiciona los valores de nuestra experimentalidad y aumenta el perjuicio al que nos aboca este nuevo Modelo de Financiación. No se ha medido, en definitiva, lo que hacemos, sino lo que nuestro tamaño en relación al de las demás no nos deja hacer.

No puedo ocultar en este discurso de un día tan señalado la gran preocupación que en estos momentos embarga a la Universidad de Huelva, no solo por sí misma, sino también por el deterioro que este Modelo inflige al sistema universitario público andaluz, que ve cómo cinco de sus nueve universidades pierden su suficiencia financiera. Este dato por sí solo debería poner en cuestión este Modelo y llamar a la reflexión de los responsables. En el caso de la Universidad de Huelva nos produce una gran tristeza no ver reconocido el inmenso trabajo de la institución, su valía y su labor social en la provincia. No puedo ocultar el gran pesar con el que contemplamos un futuro dirigido a la divergencia –y no a la convergencia– entre universidades y del que van a derivarse, gravemente, el déficit y la insuficiencia de nuestros recursos en este y en los siguientes ejercicios económicos. En este momento, los algoritmos fríos del Modelo no recogen ni siquiera el crecimiento vegetativo de la plantilla, ni mucho menos sus necesidades de estabilización y promoción: me permito recordar que solo el 57,9% de nuestro profesorado es permanente y que, si no se nos ayuda a arreglar esta situación, será prácticamente imposible mejorar otros parámetros de valoración. En medio de los sumatorios, los divisores y los multiplicadores, nadie parece haber reparado en que los Presupuestos Generales del Estado nos obligan a aplicar la subida salarial del 2% a nuestros empleados públicos y en que las nuevas



normas derivadas de la Reforma Laboral y la nueva Ley de la Ciencia exigen la cobertura inmediata de las vacantes de más de tres años y la formulación de contratos indefinidos, con el coste justo, pero añadido, que ello comporta.

Estamos por todo esto, como digo, preocupados y pesarosos, pero aún confiados en que desde la Consejería de Transformación Económica, Industria, Conocimiento y Universidades se sabrá calibrar la injusticia de este Modelo y se adoptarán medidas correctivas para no dejar en el abandono a la Universidad de Huelva. Curtida en la dificultad permanente desde su nacimiento, la comunidad universitaria no va a dejar de luchar por nuevas titulaciones para nuestros jóvenes; por nuevas infraestructuras para la docencia, la investigación y la transferencia; por una correcta dotación de su plantilla. Seguiremos, como hasta ahora, pagando las deudas pasadas, haciendo muchísimo con muy poco, modernizando nuestras estructuras y normas, dando ejemplo de eficiencia y de responsabilidad, pero también exigiendo, porque nos asiste la razón, una financiación digna y suficiente que ahora, desde luego, no poseemos.

No tengo dudas, además, de que no estaremos solos. Toda la sociedad de Huelva, esa misma que llenó las calles hace ahora 34 años, esa misma que mañana, día 4, también exigirá las dotaciones que es de justicia tenga la provincia, sabrá sobreponerse a sus intereses personales y colectivos, de clase o de partido, y estar a la altura de las circunstancias, apoyando a una Universidad que ha marcado y marca cada día un antes y un después en la historia de esta provincia.

Sr. Director General de Universidades de la Junta de Andalucía, dignísimas autoridades, miembros de la comunidad universitaria, señoras y señores: pese a todas las incertidumbres, hoy, **Tres de Marzo**, es el Día de la Universidad de Huelva y, por tanto, es un momento para la celebración. Lo dice la letra del himno universitario



que estamos a punto de entonar: es ocasión para que nos alegremos. Miremos hacia atrás y reconozcamos lo mucho que en los últimos 34 años se ha hecho para conseguir que la Universidad sea la espléndida realidad que es hoy para nuestra provincia. Y miremos también hacia delante, con cohesión y convencimiento, porque son numerosos los proyectos que nos animan y muchos los horizontes que nos esperan a poco que podamos trabajar con suficiencia.

Permítanme, además, que mis últimas palabras en este acto sean, en nombre de la Universidad de Huelva, para invocar la paz en estos momentos cruciales en los que nos encontramos y en los que muchas personas sufren, o han perdido la vida, o han abandonado sus casas, o están lejos de su familia, por causa de la barbarie, la ambición sin límites y la falta de empatía con la humanidad. Desde el ámbito de la Universidad de Huelva y de todas las universidades que, como entidades, cumplirán en este siglo su primer milenio de historia, queremos volver a decir en voz alta, para quien quiera escuchar, que la paz es el don máspreciado que tiene el ser humano y que rechazamos la guerra. Lo dijo Cervantes: “La paz es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida”. Hoy, frente al ruido ensordecedor de las armas de destrucción, queremos reivindicar el valor pacífico de la palabra. La Universidad es el espacio de la palabra en paz, de la sana confrontación de las ideas, de la construcción de los valores. Es la palabra lo que nos hace humanos y, sin ella, nos embrutecemos, perdemos nuestra dignidad de hombres y mujeres y nos dejamos deslizar por la rampa descendente de la violencia y el torbellino de la guerra. Por eso, con la fuerza moral de una institución que lleva un honroso nombre universal, reclamamos que la razón se imponga a la sinrazón y la fraternidad triunfe sobre el enfrentamiento. Por eso, como escribió el poeta Blas de Otero en 1955, en un verso que hoy resuena más actual y más necesario que nunca, “pido la paz y la palabra”.

Muchas gracias.